

gran parte de la importancia mercantil de Cartago y pronto fueron a establecerse en ella un gran número de comerciantes romanos e itálicos. Las siete ciudades que desde el comienzo de la guerra se habían mantenido fieles a Roma (Utica, Hadrumetum, Thapsus, Pequeña Leptis, Achulla, Usalis y Theudalis), conservaron sus fronteras un tanto aumentadas y fueron declaradas ciudades libres. Los habitantes de las poblaciones que habían abrazado la causa púnica fueron en parte muertos y en parte, como los últimos cartagineses, vendidos como esclavos: sus bienes, así como el recinto ocupado por Cartago, fueron declarados bienes señoriales de los romanos, y comprados unos por grandes especuladores romanos, y arrendados otros por parcelas. Las masas de los vencidos habitantes de la península conservaron sus campos y su constitución, debiendo pagar anualmente a Roma un tributo que se repartían entre sí por medio de una contribución territorial. Utica, Thapsus y Hadrumetum fueron residencia de tribunales romanos.

El severo Emiliano no aprobó en manera alguna la obra de destrucción que se vio obligado llevar a cabo. Sabido es que cuando aquel mar de llamas derruía a sus pies la poderosa capital africana, recordando el cambio que sufre la suerte de las naciones y pensando en el porvenir que a Roma podía estar reservado, pronunció aquellas tristes palabras de Homero:

«Llegará un día en que la sagrada Ilión perezca
Y con ella Príamo y el pueblo del rey tan poderoso en lanzas.»

Seis siglos habían de transcurrir hasta que un pueblo del lejano Norte germánico tomase a su cargo la venganza de Cartago en las posteriores generaciones romanas, descendientes de aquella que tanto abusó de su fuerza. Pero la Nemesis que, bajo otro concepto, castigó a Roma mucho antes, hubo de verla el joven héroe que, como su abuelo, había recibido el nombre de Africano. Su amigo, el griego Polibio, que siempre estuvo a su lado, fué poco después llamado desde las ruinas de Cartago a presenciar las de la mas bella ciudad de su patria, Corinto.

Ya hemos visto que Polibio al regresar de Roma a Grecia en el año 150, se había encontrado con un estado de cosas poco satisfactorio: Macedonia estaba dispuesta a la sublevación, y en el Peloponeso, moral, política y socialmente se notaba una gran decadencia, resultado de la miseria del pueblo y de la creciente tendencia de la aristocracia a establecer latifundios o bienes cultivados por esclavos y a no contraer matrimonios. Allí el regreso de los desterrados, irritados contra Roma y contra sus partidarios aumentó la animosidad que entre los partidos existía, precipitando la catástrofe, ya desde hacía mucho tiempo preparada, que había de destruir la liga de los aqueos.

XIII.—ATENAS Y LOS OROPIOS. CONFLICTOS POLÍTICOS EN EL PELOPONESO

Los ciudadanos de Atenas se encontraban, bajo el punto de vista económico, en una situación en extremo crítica, desde la guerra de Perseo. Poco modificaron la situación los presentes de los romanos y el favor de los reyes helenísticos, entre ellos el sirio Antíoco IV Epifanes y Atalo II de Pérgamo: el primero de estos preparó, entre otras cosas (175 a 164) la continuación de las obras del templo de Júpiter olímpico que habían quedado suspendidas desde la caída de los Pisistrátidas; el segundo había mandado construir un precioso bazar en forma de galería de columnas en la orilla oriental de la mitad septentrional de la Agora ateniense, tan importante para el comercio y para el tráfico. Las necesidades de la guerra y la preponderancia mercantil de los roma-

nos y de los rodios, así como la de los alejandrinos, habían quebrantado en gran manera el comercio de Atenas, cuya población también había disminuido considerablemente. Los atenienses y sus rústicos vecinos de Tebas se habían entregado a la rapiña y, sin que se sepa por qué motivo político o bajo qué pretexto, habían atacado y saqueado, en el año 156, la ciudad de Oropos, enclavada en su propio cantón.

Habiendo acudido los oropios en queja a Roma, confió el Senado el derecho de arbitraje a la ciudad de Sicione, la cual condenó a Atenas a que pagara la enorme multa de 500 talentos. La Bula ática envió entonces a Roma como embajadores a los célebres jefes de las tres escuelas filosóficas que entonces mas florecían en Atenas, a saber, el académico Carneades, el estoico Diógenes y el peripatético Critolao. La embajada obtuvo un feliz éxito: los tres filósofos, dotados de gran elocuencia, se encontraron en Roma rodeados de un sinnúmero de adeptos y admiradores, pues la juventud estudiosa romana, atraída por la gran fama de aquellos, se afanaba entusiasta por festejarles. Ni los romanos ni los emisarios atenienses se daban prisa por terminar la cuestión de la multa, pues la mayor parte del tiempo se pasaba en disertaciones retóricas y filosóficas. El anciano Catón, que veía con disgusto las tendencias filosóficas y el placer que en los jóvenes romanos producía la ingeniosa y verbosa dialéctica de los griegos, especialmente de Carneades, fué el primero que influyó en el Senado para que se alejara pronto de Roma a los mensajeros, con lo cual, según él decía, «los filósofos griegos podrían disputar en su patria mas a sus anchas con los jóvenes helenos, y la juventud romana volvería, como antes, a entender tan solo de las palabras de las leyes y a oír a los magistrados.» El Senado, en su consecuencia, rebajó a 100 talentos la multa impuesta a los atenienses; pero como estos no tenían ganas de pagar tal cantidad, convinieron con los oropios en un arreglo, en virtud del cual Oropos renunció a percibir la multa y aceptó una guarnición ática, dándole en cambio Atenas, como indemnización, el derecho de separarse completamente de Atica. Cuando en el año 150 surgió un nuevo conflicto y los atenienses no quisieron evacuar aquella ciudad, llamaron los oropios a su auxilio a los aqueos y dieron a Menálcidas de Esparta, presidente entonces de la liga, 10 talentos para que les enviara sus tropas peloponésicas. Con la promesa de entregarle cinco talentos, consiguió el presidente que el poderoso Calícrates consintiera en inducir a la asamblea aquea a que interviniera militarmente en el asunto. Apenas los atenienses tuvieron noticia de ello, saquearon de nuevo la ciudad y la abandonaron luego a toda prisa. Los aqueos, que habían llegado demasiado tarde, regresaron a su patria sin haber tomado parte en la lucha, y sus soldados, según se dice, prometieron contribuir al saqueo proyectado de Atica. Menálcidas, no contento con tal miseria, negóse a pagar a Calícrates los cinco talentos que le había prometido, y este fué el origen de la pérdida de los aqueos.

La asamblea de la liga había nombrado en 149, como sucesor de Menálcidas en la presidencia a Dio de Megalópolis, uno de los mas mortales enemigos de Roma, uno de los desterrados vueltos a su patria, que nada había aprendido en sus desgracias políticas, y que personalmente valía tan poco como Calícrates y sus partidarios. Apenas cesó en su cargo Menálcidas, Calícrates, enfurecido por no haber cobrado la suma por él prometida, le acusó ante la asamblea de alta traición y solicitó su muerte; pues sabía que el astuto espartano, como embajador de la liga en Roma, había trabajado secretamente contra los intereses de los aqueos, y especialmente para que su cantón pudiera separarse de la liga. Este era desde hacía mucho tiempo el pun-

to vulnerable que fácilmente podía hacer montar en cólera a los aqueos. Menálcidas debía temerlo todo; entonces apeló al dinero y vio que el demócrata Dio, enemigo de los romanos, se vendería si se le pagaba al contado. Así fué: por tres talentos el nuevo presidente sobreyó el proceso comenzado.

Muy pronto tuvieron los aqueos conocimiento de ello, y Dio, para acabar con el descontento general que la corrupción de sus mas elevados funcionarios había producido, desvió la atención del país, que estaba fija en él, hacia las relaciones internacionales de la liga con Esparta, que, en virtud de los últimos acontecimientos y de la influencia del irritado y miserable Menálcidas, habían tomado un carácter desagradable. Una disputa surgida por cuestión de fronteras, y sobre todo la antigua contienda acerca de la extensión de la suprema justicia criminal de la liga sobre los espartanos, dieron pretexto a estos últimos para que se dirigieran de nuevo en queja a Roma. Un poderoso ataque contra Esparta pareció significar entre los aqueos, como quería Dio, un triunfo sobre los romanos que constantemente se inclinaban a los espartanos. La perspectiva de la peligrosa guerra que en 149 debían sostener los romanos en el Africa y en Macedonia, hacia mas audaz y obstinado al presidente de los aqueos.

Pronto se rompieron las hostilidades entre Esparta y los aqueos, haciéndose por ambas partes grandes preparativos; pero los astutos espartanos supieron evitar el ataque de los enemigos, superiores en fuerzas, engañando a los aqueos con una fingida sumisión y arrojando de la ciudad y condenando a muerte a 24 de los mas comprometidos, a cuyo frente se encontraba Menálcidas. Estos, sin embargo, se dirigieron a toda prisa a Roma, pidiendo como emisarios de los espartanos, que se les enviaran los necesarios auxilios. Los aqueos por su parte mandaron una nueva embajada al Senado, siendo de ver entonces cuánto habían cambiado las cosas, pues Dio y Calícrates hacían causa común y se presentaban ambos en Roma como embajadores. Habiendo fallecido Calícrates durante el viaje, Dio hubo de encargarse por sí solo de la tarea de discutir ante el Senado con Menálcidas. Los romanos tomaron una resolución dilatoria, en virtud de la cual prometieron enviar una comisión, promesa que entre tanto cada uno de los dos partidos interpretó a su favor, de tal manera que mientras Menálcidas decía en Esparta que el Senado había decretado la completa autonomía de los espartanos, Dio manifestaba a los aqueos que el Senado dejaba a Esparta al arbitrio de la liga.

El Senado, como ya hemos visto, haría tener que hacer entonces en España, Africa y Macedonia, para que pensara en acelerar la resolución de la tormenta que se agitaba en una cáscara de nuez, que tal podía parecer en Roma la nueva discordia entre Esparta y los aqueos. Así los locos que dominaban entre los aqueos tuvieron libertad suficiente para cometer toda suerte de disparates. El infame Dio se encontraba enteramente imposibilitado de dañar; pues en caso de querer entablar una lucha formal con Roma, debía antes terminar rápidamente las cuestiones pendientes con Esparta, fanatizar luego a los peloponesios y apoyar con todas estas fuerzas reunidas a los macedonios sublevados. Esto, por muy absurda que pareciera una guerra contra Roma a los que, como Polibio, conocían las fuerzas respectivas de cada potencia, por lo menos hubiera podido presentar algunas probabilidades de éxito en aquella sazón, en que los romanos no conseguían ninguna ventaja delante de Cartago. Si no quería mover guerra contra Roma, debía aprovechar aquel momento oportuno para solventar la cuestión pendiente con Esparta, lo cual hubiera hecho en lo porvenir innecesaria la

intervención de los romanos. En vez de esto, él y sus partidarios se contentaron con atizar el odio contra los espartanos, hasta que se promovió la guerra, dejando de esta manera que los romanos pudieran impunemente avivar de nuevo el incendio en Macedonia.

XIV.—SUBLEVACION DE ANDRISCO EN MACEDONIA. ROMA Y LOS AQUEOS

Un joven que se presentaba como príncipe macedónico, se fingió en Tracia y Siria hijo de Perseo: designábasele unas veces como bastardo de Filipo V, otras como pretendido bastardo de Perseo, las mas como pseudo-Filipo, es decir como hijo de Perseo y de la princesa siria Laodicea, cuyo hijo, en realidad, había muerto hacía algun tiempo en Italia. Conducido este impostor de Siria a Roma, logró escaparse de la cárcel en que se le encerró y refugiarse en los Estados del caudillo tracio Teres, esposo de la hermana de su presunto padre. Este otro caudillo, y especialmente los bizantinos, le dieron decidida protección, con la cual pudo penetrar en Macedonia. Después de una victoria conseguida sobre las milicias de la república de Anfópolis, pudo atravesar el Estrimon, y una nueva victoria obtenida sobre las demás milicias del Oeste de dicho río puso en su poder el territorio macedónico. Poco después (149) se levantó a su favor en masa el pueblo macedónico tan maltratado en todas partes: sus victorias y su gran semejanza con el rey Perseo vencieron todas las dudas que acerca de su persona habían surgido, y acallaron a los que querían reconocer en él a Andrisko, hijo de un molinero de Adramitio, ciudad griega del Asia Menor. No se pasó mucho tiempo sin que el pretendiente apareciera también en Tesalia, donde ganó mucho terreno. Entre tanto el romano P. Scipion Nasica, enviado por el Senado a la península de los Balkanes, para efectuar un reconocimiento, pudo, con ayuda de los contingentes pergameos y griegos, especialmente aqueos, acorralarle hasta mas allá del Olimpo. En cambio el pretor P. Juvencio Talma, que, con una legión y las tropas itálicas correspondientes, se encargó de la dirección de la guerra y que a fines del año 149 entró en Macedonia y obró con harta ligereza, se dejó derrotar por el pretendiente, pereciendo en la batalla él mismo y la mayor parte de su ejército. En el año 148, el pretendiente, a cuyo lado acudían de continuo mercenarios y voluntarios de todas partes, pudo penetrar de nuevo en Tesalia y aliarse con los cartagineses.

Esta lucha iba tomando un carácter tan funesto para los romanos, que el Senado envió al teatro de la guerra al mejor general que, después de Emiliano, tenía Roma, poniendo a sus órdenes fuerzas considerables. Era éste el pretor Q. Cecilio Metelo que, después de poner en pie de guerra a la escuadra pergamesa, se encontró, durante la primavera o el verano del año 148, en estado de poder penetrar de nuevo en la antigua comarca macedónica. Esto no obstante, los romanos fueron de nuevo derrotados, especialmente en un combate de caballería que tuvo efecto en las cercanías de Pidna. Pero cuando el pretendiente, harto atrevido, dividió su ejército de manera que una de sus columnas de ataque fué destacada a Tesalia, para suscitar la insurrección griega a espaldas de Metelo, consiguió éste librar contra él una batalla campal, en la que los romanos resultaron vencedores, y a consecuencia de la cual el pretendiente hubo de retirarse a toda prisa a las fronteras tracias.

Desde Macedonia atacó Metelo el Peloponeso, cuya situación tanto había empeorado a consecuencia de las torpezas cometidas por el partido enemigo de los romanos. Desde la derrota de Juvencio, el ardor bélico de los aqueos había aumentado de tal manera, que Demócrito, nombrado presidente

de Tesalónica la suprema vigilancia sobre los griegos europeos, vigilancia que hasta aquel momento había ejercido el Senado en forma de patronato por medio de sus comisiones. Las islas *libres* de Thasos y Samotracia y la costa meridional colonizada por los griegos que se extendía desde Tracia hasta el Helesponto, con sus ciudades *libres* de Aenos y Abdera, fueron puestas también bajo la inmediata dirección del gobernador de Macedonia. Con el transcurso del tiempo, este gobierno general recibió considerables aumentos, hasta que, á mediados del siguiente siglo, se formaron de él, como veremos, una serie de provincias independientes. Inmediatamente se unió á Macedonia la Tesalia, hasta el OEta, en cuya comarca, con organización propia, Farsalia había conservado la *libertad*. Lo mismo aconteció con el Epiro.

Sobre estas bases organizó la comisión de los diez, que había sido puesta al lado de Mummio desde octubre del año 146, la nueva situación de Grecia. Es indudable que esta comarca, á la cual dieron los romanos el nombre de Acaya por haber sido los aqueos los primeros sometidos, entró entonces en las relaciones de derecho público que los romanos significaban con la palabra *provincia*. Solo que la Acaya se nos presenta ya como provincia independientemente organizada desde el comienzo del imperio de Augusto, en cuya época fueron disueltas todas las confederaciones políticas aisladas que se extendían entre el OEta y el golfo de Mesina. Además las municipalidades griegas, á imitación de lo que se había hecho con los latinos y sicilios, se vieron de tal suerte aisladas, que nadie, á excepción de los romanos, podía tener bienes raíces en dos ó más de aquellas. Mas adelante se abolió, por decirlo así, la democracia, privándose á la plebe falta de bienes del derecho activo de ciudadanía, es decir, de la asistencia á las asambleas y del derecho activo y pasivo de elección de los funcionarios. En las ciudades, dióse el gobierno á un consejo formado por los ricos propietarios; y cada municipalidad debía pagar anualmente á Roma una fuerte contribución. El territorio de Corinto (á excepción de un distrito que contenía la ciudad de Sicione y que estaba gobernado por los istmos) y grandes posesiones de la Eubea y Beocia pasaron á ser bienes señoriales de Roma. Las principales plazas mercantiles, residencia de los comerciantes romanos, fueron, en el Peloponeso, Argos, y en Oriente la isla de Delos, cuyo florecimiento mercantil comienza en la época en que desempeñaba el papel que hoy ha recobrado Sira. En fin, Grecia fué una parte del gran gobierno de Macedonia: las municipalidades griegas fueron puestas bajo la soberanía del gobernador residente en Tesalónica, el cual constituía la suprema instancia en las cuestiones de administración y de justicia, pudiendo juzgar las causas criminales de entidad.

XVII.—ATENAS. POLIBIO

Los griegos, á quienes tan dura se hacía su nueva condición, fueron tratados por los romanos mas benignamente que otros muchos pueblos. Bajo el punto de vista del derecho público, conservaron las municipalidades griegas intacta la propiedad de bienes y tierras, y mas adelante el derecho de administración y de competencia jurídica, no sufriendo modificación alguna sus ordenanzas, leyes y costumbres existentes, y perdiendo tan solo el derecho de hacer política independiente, de decidir por sí y ante sí la guerra y la paz, y de desgarrarse mutuamente con luchas intestinas. A excepción de Atenas, que lo conservó hasta los tiempos de Sila, las ciudades de la Acaya perdieron también el derecho de acuñar moneda de plata, comenzando á dominar en ellas el denario romano. No pocas ciudades de esta comarca vieron recompensada

su adhesión á Roma con beneficios especiales. Esparta se encontró entonces libre de la odiada alianza con los aqueos, y, por especial favor de los romanos, estaba exenta de pagar contribución á Roma: también la antigua y sagrada Delfos se vió libre de todo impuesto. Finalmente, Atenas, la antigua aliada de los romanos, apenas podía legalmente considerarse como una parte de la nueva provincia macedónica. Los antiguos derechos de Atenas no sufrieron modificación alguna; no obstante, el demos, muy á su disgusto, hubo de conformarse con que se extendiera la competencia de los elementos aristocráticos, con que la fuerza decisiva en las cuestiones jurídicas y de gobierno residiera en el Areópago, á pesar de conservarse el antiguo organismo democrático, y por último, con que de entre los funcionarios anualmente nombrados, el primer estratega, es decir, el jefe de la ciudad, estuviera revestido de los poderes mas amplios. Mas adelante se decidió que la provisión de los cargos no se haría por suerte, sino por la elección, limitándose el derecho pasivo de sufragio para las elecciones de arcontes y estrategos á los ciudadanos acomodados. Las asambleas generales se celebraban hacia algun tiempo en el teatro; pues la antigua Pnyx quedó reservada únicamente para la elección de los funcionarios. Para la publicación de los acuerdos del Senado y del gobernador de Tesalónica, se utilizó una tribuna recientemente construida delante del mercado.

Por otro lado, los patrióticos trabajos de Polibio ayudaron en alto grado á los peloponesios para conservar su eutanasia política (1) y su vida privada, bajo la dominación de los romanos que habían destruido para siempre los desordenados movimientos políticos del mundo griego. Por sus excitaciones, el bondadoso Mummio no solo consintió que se reconstruyeran los templos ístmicos, sino que dotó considerablemente los de Olimpia y Delfos con riquezas procedentes del botín de guerra. Además, cuando una legación senatorial, durante la primavera del año 145, y despues Mummio, este para celebrar como *Acayus* su entrada triunfal, regresaron á Roma, recibió Polibio poderes para visitar todas las ciudades griegas y llevar á cabo en ellas las modificaciones decretadas por los romanos, pudiendo asimismo disponer de todos los medios necesarios para poner coto al gran desorden que reinaba en aquellas comarcas. Y cuando, gracias á su benevolencia, á su inteligencia práctica, á su energía y á su desinterés, virtud tan rara entonces entre los griegos, terminó felizmente esta difícil tarea, consiguió también (probablemente en 140) de los romanos que se decidieran, por un lado, á perdonar á los griegos las fuertes multas impuestas á Esparta y á Heraclia, y, por otro, á permitir el restablecimiento de las distintas confederaciones griegas, que con sus variadas formas y su personal habían llegado á ser un elemento indispensable de vida en Grecia, limitando, sin embargo, sus atribuciones á la celebración de fiestas y sacrificios y á las peticiones y cuestiones políticas de poca trascendencia. También logró que se derogara la disposición en virtud de la cual los propietarios solo podían poseer bienes en sus respectivas municipalidades.

Desde aquella época, Grecia disfrutó de un largo período de tranquilidad: los mismos macedonios acabaron por conformarse con este estado de cosas, despues que en 142 Lucio Tremellio, cuestor del pretor Licinio Nerva, hubo dominado fácilmente una sublevación promovida por la aparición de un nuevo pseudo-Filipo en las comarcas orientales del país. La mayor parte de la península de los Balkanes, que se extendía al Sudoeste de esta montaña, y, desde el año 156 y 155, una

(1) *Eutanasia* es un término griego que significa literalmente buena muerte, es decir, decaimiento insensible y sin dolor. (N. del T.)

parte también de la Dalmacia se sometieron pacíficamente á la dominación de los romanos.

El historiador mas importante de aquella época, cuyas noticias tienen hoy todavía gran valor para nosotros por su veracidad, fué Polibio, aquel audaz arcadio que en Roma había aprendido á conocer las condiciones y la fuerza gigantesca de los romanos, así como las excelentes condiciones de éstos y de su vida política, y que se había convencido de que el helenismo y el romanismo conservaban la superioridad, aquél en el orden moral y éste en la esfera política y militar. Entre todos los griegos pensadores de su tiempo, fué el primero en penetrar á fondo á los romanos y la nueva situación de Roma; y también el primero que los dió á conocer bajo el punto de vista literario. Investigador por excelencia, poseedor de los

mejores datos, serio, amante de la verdad, sencillo, claro, imparcial y conocedor de las cosas, escribió la historia del período durante el cual se desarrolló y completó lo que solemos llamar «dominación universal de Roma, es decir, el espacio de tiempo comprendido desde la primera guerra púnica hasta la caída de Corinto,» materia romana que trató á modo de historia universal con la madurez de la crítica helénica. Polibio escribió su obra cuando regresó á Roma, despues de haber terminado la misión que le llevara á Grecia. El ocaso de su existencia le llevó de nuevo á su patria en donde murió á una avanzada edad, á consecuencia de una caída de caballo, sin que se sepa á punto fijo la fecha de su muerte, que unos fijan en el año 127 y que otros creen algo posterior.

CAPÍTULO III

NUMANCIA Y EL GÉNESIS DE LA REVOLUCION

I. Situación de Roma con respecto á Egipto y á Antíoco IV de Siria. Los Lápidas. — II. Antíoco IV y los macabeos. Destrucción del imperio sirio. Independencia de los judíos. — III. Los parthos. Incremento que tomó este pueblo. — IV. Los Atalidas. Herencia de los Pergaménidas. — V. Dominación universal de Roma. Defectos de la administración de las provincias. — VI. Fatal aspecto que presentan las relaciones entre Roma y los itálicos. Inutilidad de los comicios. — VII. El pueblo de la ciudad de Roma. Los libertos y el proletariado agrícola. — VIII. La nobleza. Orden de los funcionarios y corrupción en las elecciones. — IX. La aristocracia financiera. Los optimates y los populares. Exitos de los populares. — X. Numerario y monedas romanas. — XI. Literatura romana. El helenismo. — XII. Decadencia de la moralidad romana. Decadencia de la agricultura. — XIII. La esclavitud. Guerra de esclavos en Sicilia. — XIV. La guerra lusitana. Viriato. Muerte de Viriato. — XV. Numancia.

I.—SITUACION DE ROMA RESPECTO Á EGIPTO Y Á ANTIOCO IV DE SIRIA. LOS LÁPIDAS

La gran victoria conseguida por las legiones romanas durante la primera mitad del año 140, estableció de hecho las bases de la soberanía romana sobre el antiguo mundo civilizado, soberanía que había de durar algunos siglos. Las potencias que, aun antes de la desaparición del período republicano, habían de poner en peligro al Estado romano, tales como los germanos del Norte y los partos asiáticos, no habían entrado todavía en la esfera política del Senado. De todas las comarcas del Mediterráneo, en cuya sumisión y soberanía descansaba la magnitud de la potencia itálica, solo la apartada España sostenía una lucha cruel, cuyo fin no era difícil de prever. En cambio, las antiguas grandes potencias helénicas de Oriente se habían mostrado, desde la gran derrota sufrida por Antíoco III en Magnesia, completamente imposibilitadas para levantarse de nuevo contra la política del Senado. El vencido en Magnesia, aquel Antíoco III tan profundamente abatido, había sucumbido en 187 á su fatalidad, siendo asesinado, junto con las tripulaciones que le acompañaban, por los elimeos, pueblo libre del Sudeste del bajo Tigris, al querer saquear uno de sus templos para allegar los medios necesarios de pagar á Roma el tributo estipulado. Su primogénito, Seleuco IV Filopator, soberano dotado de no escaso talento militar y diplomático, emprendió la impropia tarea de regenerar el imperio sirio, tan debilitado en extensión, en consideración exterior y en fuerzas interiores, por la derrota de su padre; y la fortuna favoreció sus proyectos. Pero en 175 ó 174 fué asesinado por su tesorero mayor, el traidor Heliodoro. Entonces subió al trono su hermano Antíoco IV Epifanes,

dotado de excelentes cualidades, y que mostró desde luego gran viveza, actividad, y procedimientos mas francos de los que estaban acostumbrados á ver en sus soberanos los habitantes del Oriente sirio. Antíoco, que había estado de rehen en Roma y que conocía perfectamente la fuerza de los romanos, no quiso mezclarse en los negocios del Occidente asiático dominado por la influencia romana y procuró ensanchar sus dominios por el lado del Egipto. Su cuñado, el Lágida Tolomeo V Epifanes, había ejercido el gobierno con poca fortuna, desde la paz definitiva firmada con Antíoco III. La sumisión de un levantamiento de los indígenas del Alto Egipto, en Licópolis, y en seguida (196) la sofocación de un motin de los mercenarios etolios, promovido por las excitaciones de los generales Scopas y Dicearco y que concluyó con la muerte de estos jefes, aseguraron su situación. No obstante, á excepción de los sacerdotes del país, á quienes tanto favoreció y que, siguiendo la antigua costumbre de la patria de los Faraones, le habían bendecido, en el templo de Ptah, en Menfis, como rey, ó por mejor decir, como *hijo divino del Sol*, el débil soberano, que necesitaba ser dirigido y que no supo dominar ni á sus favoritos ni sus malas pasiones, no consiguió captarse las simpatías de su pueblo. Cuando su excelente consejero Aristomenes fué envenenado por su orden á causa de su franqueza, Tolomeo, dirigido por Policrates, decayó cada vez mas y se hizo mas odioso todavía por la perversa crueldad con que castigó á un caudillo egipcio que había promovido una sublevación dominada en 184 por Policrates. Cuando, por fin, Tolomeo fué á su vez asesinado en 181 por los que le rodeaban, su viuda, la inteligente siria Cleopatra, tomó, como regente de sus hijos menores de edad, las riendas del gobierno, perturbado entonces por la incesante

para el año 148, después de hacer los preparativos necesarios, desoyendo los consejos de Metelo, penetró en el valle del Eurotas. Después de haber vencido, en mortal batalla, á los espartanos, volvió su atención muy inoportunamente hacia Metelo y en vez de restablecer la guarnición de Esparta, se contentó con saquear sin objeto alguno los alrededores de esta ciudad, conducta poco prudente que indignó á los aqueos y que, á su regreso, le valió ser desterrado por traidor. Dico, que en 147 fué nuevamente nombrado presidente de la liga, renovó la guerra contra Esparta, pero pronto se dejó vencer por Metelo y, abandonando la lucha, atormentó en alto grado á los espartanos, tomándoles una porción de aldeas de los alrededores y poniendo en ellas tropas aqueas, con lo cual sus adversarios se encontraron fuertemente bloqueados. Esto, sin embargo, originó la catástrofe que se había de cebar en la liga aquea.

Metelo, á fines del año 148 ó á principios del 147, había derrotado completamente, en las fronteras orientales de la Macedonia, á Andrisco, que había logrado reunir un nuevo ejército tracio; poco después consiguió del caudillo tracio Byzes que le entregara á su adversario, y hubo de dominar un nuevo levantamiento que había ocurrido en el valle del Nestos.

Entre tanto el Senado envió á Grecia, durante la primavera del año 147, una embajada presidida por el orgulloso y severo Lucio Aurelio Orestes, que debía poner fin á las cuestiones del Peloponeso. El Senado quería acabar con la política desordenada y sangrienta de los pequeños Estados peloponésicos, y para esto era necesario desmembrar la Liga aquea por medio de una gran batalla diplomática. No es probable que los hombres de Estado romanos, hartos ocupados con la terrible guerra lusitánica, con las grandes convulsiones de la moribunda Cartago y con la pacificación de Macedonia tuviesen la intención de obligar á los aqueos á hacer una guerra desesperada. Mas bien creyeron á éstos demasiado débiles y tan fuertes los elementos individualistas del Peloponeso, que solo parecía necesitarse un decreto de Roma para disgregar en átomos la simaquia del Peloponeso. Cuando Orestes notificó á la asamblea de la Liga reunida en Corinto la orden del Senado, según la cual debían ser separadas de la Liga no solo Esparta, sino Corinto, Heraclea (en el Oeta), Argos y Orcomene; pronunciándose de esta suerte la sentencia de muerte de la Confederación, estalló la indignación de los griegos de Corinto. Las masas de la gran ciudad comercial y fabril se precipitaron, ciegas de cólera, sobre los partidarios de Roma, especialmente sobre los espartanos que por casualidad allí se encontraban, maltratando, deteniendo y asesinando á muchos de ellos: el mismo Orestes y los que le acompañaban hubieron de emprender á toda prisa el regreso, sufriendo los mayores insultos de parte del populacho.

Tales como se encontraban las cosas, los aqueos, si no querían entregarse á discreción, lo cual equivalía á un suicidio político, no tenían mas que escoger entre tomar desesperadamente las armas ó entrar en negociaciones con el Senado, para ver si podían evitar en parte la mutilación que á la Liga se exigía. Al principio escogieron este último camino, sin seguirlo sin embargo por completo; pero luego se decidieron por la guerra cuando ya había transcurrido el tiempo oportuno para hacerla. El Senado acordó también, en vista de las disposiciones de los aqueos, tratarles con mas benignidad, suspender por de pronto las duras exigencias de Orestes, y dejar la solución de la cuestión griega para cuando pudiese obrarse con entera libertad. La embajada que, durante el otoño del año 147, condujo Sexto Julio César al Peloponeso se presentó en Egion delante de la asamblea de

la Liga con intenciones amistosas, prometiendo que los insultos que en Corinto se habían dirigido contra la anterior embajada, serían perdonados con tal que los aqueos castigasen á los culpables, y se olvidarian asimismo los demás ultrajes de los romanos cesando por parte de la liga los ataques contra Esparta.

Los aqueos, contentos de entrar en nueva inteligencia con los romanos, decidieron que se convocaría en Tegea una asamblea del Consejo de la Liga y de todos los tribunales confederados, en la cual César haría de intermedio para el arreglo de la cuestión espartana. Por desgracia fué nombrado presidente para el siguiente año (desde el otoño de 147 hasta el del 146) Critolao, no solo enemigo acérrimo de los romanos, sino hombre miserable que quería á toda costa la guerra contra Roma, tanto mas cuanto que de la conducta mesurada de César sacaba la consecuencia de que la causa de los romanos debía de andar mal en los otros teatros de la guerra. Con insolente astucia hizo fracasar la reunión de Tegea, y cuando los romanos disgustados abandonaron el Peloponeso, excitó, con ayuda de sus partidarios, durante el invierno, á las masas á que declarasen sangrienta guerra contra los romanos, y se atrajo al proletariado mandando suspender las leyes que regían en materia de deudas y desestimar todas las denuncias de los acreedores. También arrastró consigo á las ciudades de Tebas y Calcis. El general Metelo, á quien se había confiado la misión de organizar como provincia la Macedonia, de conformidad con la nueva política del Senado respecto de los Estados clientes, intentó advertir, por medio de sus emisarios, á la asamblea de la Liga reunida en mayo del año 146 en Corinto, de lo irreflexiva que era tal conducta; pero todo fué en vano. Critolao consiguió que las fanatizadas masas hiciesen la declaración de guerra contra Esparta, aunque en realidad era contra Roma, y le invistieron de poderes ilimitados.

XV.—GUERRA ENTRE AQUEOS Y ROMANOS. DESTRUCCION DE CORINTO

Al tener de ello noticia, el Senado confió al cónsul Lucio Mummio la dirección de la guerra contra los aqueos. En el entre tanto Critolao había movilizado el ejército de la Liga y se dirigía, no contra Esparta, sino hacia el istmo, para reconquistar la ciudad de Heraclea que, cumpliendo la orden del Senado, se había separado de la Liga. En vano Metelo requirió de nuevo á los aqueos para que depusieran las armas, prometiéndoles conseguir de los romanos su amnistía, si se sometían á las exigencias de Orestes; todo fué inútil.

Critolao llevó consigo durante la primavera del año 146 á los guerreros de Tebas y Calcis y comenzó el ataque de Heraclea; mas apenas Metelo, al ver que se retardaba la llegada de Mummio, salió de Larisa y al frente de sus legiones se acercó al sitio en que operaba Critolao, perdió éste toda su fuerza moral, huyendo hacia las Termópilas y siendo alcanzado por los romanos cerca de la ciudad lócria de Scarfeya, en donde su ejército fué completamente derrotado. El mismo Critolao pereció, según parece, en los pantanos de la vecina costa, y los griegos, en su huida á Corinto, sufrieron nuevas y considerables pérdidas. Metelo, que quería guardar ciertas consideraciones á los aqueos, no se internó en el Peloponeso lo suficiente para hacer imposible toda continuación de la guerra.

Las honrosas proposiciones de paz que hizo á una comisión enviada á su campamento por los gobernantes de Corinto, parecían haber de terminarlo todo; pero entre tanto el inepto Dico, que, según el derecho de la liga, debía tomar las riendas del gobierno en sustitución de Critolao, decidió continuar á todo trance la lucha. Para ello fanatizó á las masas,

especialmente al proletariado, hizo un llamamiento á las últimas fuerzas del pueblo de Argos, alistó en el ejército á 12,000 esclavos emancipados, arrebató á los capitalistas las sumas necesarias, se hizo dar plenos é ilimitados poderes por la asamblea reunida en agosto del año 146, y ejerció el mas sangriento y cruel terrorismo contra todos los partidarios de la paz que no compraban con dinero la clemencia del infame.

Cuando, á principios de setiembre del mismo año, quiso Metelo emprender el ataque desde el istmo, llegó el cónsul Mummio: entonces hubo aquél de retirarse de nuevo á Macedonia, y su sucesor, agricultor valiente y honrado á la par que soldado rudo, reunió á toda prisa 23,000 infantes y 3,500 jinetes, á los cuales se agregaron tropas auxiliares de Creta y Pérgamo. Cuando, por último, consiguieron los griegos de Corinto salir vencedores en un combate de escasa importancia, atrevióse Dico, inepto como militar y como hombre de Estado, á atacar á los romanos en el istmo con solos 14,000 hombres y 600 caballos de que podía disponer en Corinto. Esta batalla, la última que los griegos libres trabaron en Europa (setiembre del año 146), después de una encarnizada lucha, en la cual la infantería aquea se portó heroicamente, terminó con la completa derrota de Dico.

Así concluyó aquella guerra y se consumó la infeliz suerte de Grecia, á la que tanto habían contribuido desde el año 196 las culpas así de los romanos como de los griegos. El miserable Dico no pensó en refugiarse en la casi inexpugnable Corinto y desde allí obtener, sacrificando su persona, una paz honrosa, ni tampoco en imitar el ejemplo de los cartagineses buscando entre las ruinas de la Liga una muerte heroica. En vez de esto, abandonó al pueblo, por él engañado, á su propia suerte y se apresuró á dejar el teatro de su derrota y á regresar á su patria, Megalópolis, para asesinar á su esposa, pegar fuego á su casa y terminar con un veneno sus días. El ejército griego se indisciplinó, y cuando Mummio penetró, tres días después de la batalla, en la devastada Corinto, se encontró con que la mayor parte de los habitantes de esta ciudad habían emprendido la fuga, y solo la guarnición del castillo trabó, según parece, un combate con los romanos. Corinto fué tratada como plaza tomada por asalto, siendo asesinados todos los hombres que en ella se encontraron, y reducidos á la esclavitud todos los niños y mujeres. La ciudad fué completamente saqueada y los innumerables tesoros artísticos que contenía, en parte fueron reservados para el Estado romano, y en parte regalados á naciones amigas, como Pérgamo. Es sensible que el bravo Mummio, tan enemigo de estos actos de destrucción, hubiera de reducir á cenizas la ciudad de Corinto, por mandato especial del Senado, tomando como pretexto de este acto atroz los ultrajes que se habían inferido á los embajadores romanos. En realidad, las llamas del incendio que se reflejaron en el golfo de Corinto, así como la destrucción de Cartago, acaecida pocos meses antes, significaban que los capitalistas romanos querían librarse de la competencia mercantil de Corinto, que tanta sombra les hacía en Oriente. Los romanos, siguiendo el procedimiento acostumbrado, prohibieron la reconstrucción de la ciudad destruida.

De este modo terminó la historia independiente de los griegos europeos, que pasó, después de horribles escenas, á confundirse con la de los romanos. Los helenos, sin embargo, afluyeron en masa á Roma, á Italia, á los países de Occidente para, á su vez, dominar y destruir el romanismo con su civilización, superior cultura, elegancia, habilidad, astucia y desgraciadamente también con su corrupción.

La comarca que presenció las últimas y poco ruidosas luchas de los griegos contra los romanos, fué aun mas maltra-

tada de lo acostumbrado en la práctica guerrera de aquellos. Todos los fugitivos corintios que pudieron ser habidos fueron vendidos como esclavos; los santuarios del istmo saqueados; las murallas de Calcis destruidas; una parte de la nobleza asesinada; Tebas desarmada y condenada á una fuerte multa; en el Peloponeso se desarmó al pueblo, se derribaron los muros de las ciudades, se saquearon varias poblaciones, se dió muerte á muchos caudillos democráticos, se redujo á esclavitud á un gran número de griegos, y se impuso, por último, á Esparta la enorme multa de 200 talentos. La situación de los griegos mejoró un tanto cuando el honrado Polibio, apoyado por la poderosa influencia de Emiliano, tan amigo de la familia de Mummio, se presentó en el campamento que los romanos habían levantado junto á las ruinas de Corinto, para trabajar en favor de sus infelices compatriotas, ayudándole mucho en su empresa el noble corazón, la bondad disimulada bajo rústicas formas, y la sinceridad personal de Mummio.

XVI.—MACEDONIA PROVINCIA ROMANA. SITUACION DE LOS GRIEGOS EN LA PROVINCIA «ACAYA»

La nueva situación política de Grecia estuvo unida, después de la destrucción de Corinto, según la moderna investigación nos enseña, al nuevo orden de cosas de Macedonia. Desde el año 146, el antiguo reino de los Argeadas y de los Antigónidas se contó en el número siempre creciente de las provincias romanas y fué gobernado por un pretor que residía en Tesalónica. El pueblo, sin embargo, obtuvo un beneficio real, pues la arbitraria división en cuatro cantones quedó derogada, restableciéndose la antigua unidad del territorio. El nuevo orden de cosas no fué tampoco riguroso, limitándose únicamente, durante mucho tiempo, á la contribución regular de 100 talentos que la provincia debía pagar á Roma. Asimismo continuaron en vigor las prudentes disposiciones legislativas que, en su tiempo, había publicado Paulo Emilio respecto del derecho público y de los impuestos. Macedonia recibió, además, una organización municipal, ó por mejor decir, provincial, y no se vió del todo desposeída del derecho de acuñar plata, con la limitación de que la tetradracma macedónica debía llevar junto al nombre de Macedonia y el sello de la capital Tesalónica, el nombre y el título del gobernador ó cuestor romano. Las municipalidades macedónicas de los tiempos posteriores conservaron también el derecho de acuñar moneda, pero tan solo por autorización de Roma, y probablemente no de un modo permanente, sino con permiso de algunos pocos gobernadores que pertenecen á los tiempos anteriores á Sila. Poco á poco fué naturalizándose en Macedonia el denario romano.

El nuevo gobierno general de los romanos en Tesalónica tenía distintas misiones. Por un lado, la nueva provincia fué desde entonces para los romanos la base militar para rechazar de un modo ofensivo los ataques de las tribus ilirias, dardanas y tracias, que desde muy antiguo acostumbraban á amenazar desde el Norte y el Este á la Macedonia. Con este objeto, se construyó entonces una gran vía militar, la *Via Egnatia*, que partiendo de Apolonia y de Dirraquio, cruzaba, en dirección á Oriente, el interior del país, y llegaba hasta Tesalónica y posteriormente hasta el Hebro tracio. Las nuevas posesiones romanas, cuyos límites geográficos fueron extendidos por Metelo, al Este, hasta el Nestos; al Norte, hasta el monte Scardo; y al Oeste hasta el Adriático (en la línea que va desde el río Drilon á la frontera de Apolonia), las islas Jónicas inclusive, contenían dentro de estas fronteras muchas ciudades y tribus libres, estas últimas en la Alta Macedonia. Entre las ciudades llamadas libres figuraban Anfipolis, Tesalónica, Dirraquio y Apolonia.

Además, desde entonces se concedió al gobernador romano